

## Reseña de libros

VÍCTOR GARCÍA HOZ: *Cuestiones de Filosofía de la Educación*. C. S. I. C. Madrid, 1952; 141 págs.

Tantas veces los filósofos pretenden hacer Filosofía de la Educación con ontologismos más o menos propios y eficaces, que bueno es que el pedagogo salga a la palestra, recoja lo que los filósofos dicen sobre el ser de la educación y, además, unja estos hallazgos con una tonalidad o sabiduría que sólo a él le compete.

En una materia tan difícil como esta, donde hay capítulos ontológicos, axiológicos y sociológicos, es también medida muy loable comenzar por unas "Cuestiones", por unas precisiones o estudios, por una aportación que será valiosa siempre. De la clase de mentalidad y de la clase de vocación que arrostran la tarea de construir una Filosofía de la Educación dependerá en grado sensible el prestigio de las ciencias dedicadas al "objeto" pedagógico.

La Pedagogía parte del fenómeno educativo como de un hecho que está ahí, insoslayablemente. A la Filosofía de la Educación corresponde dilucidar las dificultades intrínsecas que tal fenómeno presenta. Partirá de los problemas, y al final dogmatizará, si hubiera ocasión de ello. Hay, pues, que vivir y conocer el hecho educativo. Motivo más que suficiente para elogiar a un autor especialista en Pedagogía, como es el profesor García Hoz, que saca a luz un libro como el presente.

El autor ha creído necesario valerse, para definir el ser de la educación, de los registros de la Ontología clásica. Esto tiene sus ventajas, además de su abolengo. El inconveniente está en comenzar afirmando que la educación es una *modificación accidental* que adviene al hombre como sujeto ontológico: hay en esa expresión concomitancias axiológicas de tipo peyorativo, que el lector tendrá mucho cuidado en sortear, de acuerdo con la intención del autor.

Tras aclarada la afirmación en su estricto significado ontológico, las ventajas de este procedimiento, en orden a la inteligibilidad del ser de la educación, son manifiestas. Como accidente, la educación es acción, pasión y cualidad.

Tal ser accidental de la educación se define, a partir de las causalidades, de esta manera: Una *perfectibilidad*, un "poder llegar a

ser", de las facultades o potencias (causa material próxima) y de la persona humana (causa material remota), informada por una *voluntariedad* o disposición autonómica del educando (causa formal), que, por medio de la *voluntad* (causa eficiente; el maestro es causa subordinada), tiende a la perfección, una perfección conocida y sentida, y que, por tanto, puede llamarse *felicidad* (causa final). Esta felicidad tiene en Dios su más elevada razón de ser.

Hay a continuación un estudio sobre el valor ejemplar del maestro. Y un capítulo sobre sistemas pedagógicos: realismo y humanismo. Se analizan estos sistemas, y se les reconoce como resultado de tendencias complementarias, las cuales apuntan a una síntesis en el llamado *personalismo*.

Al final, el capítulo que podríamos llamar ético-sociológico, trata de la *sencillez* como expresión pedagógica de la unidad filosófica del ser humano. Ella hace feliz al hombre, individual y socialmente considerado.

En último término, el bien común exige la inigualable virtud de la *renuncia*, la más difícil y magnífica de las metas educativas.

Todo el nervio ético que caracteriza a las publicaciones del autor culmina en este libro con unas consideraciones de optimista invitación a la *alegría*.—G.-R. GALIANA.

*Vorsokratische Denker. Auswahl aus dem überlieferten. Griechisch und Deutsch von Walter Kranz. Weidmannsche Verlagsbuchhandlung. Berlín. Frankfurt am Main, 1949; 238 págs.*

Entre los estudios de clásicos griegos y las ediciones de textos pocas obras hay tan acabadas y exactas como los conocidos *Fragmentos de los presocráticos*, de Hermann Diels. Es ésta una obra definitiva, que hizo posible precisar los límites ante los que se levantó el pensamiento filosófico, y conocer los cimientos sobre los que surgía. A partir de ella ha podido estudiarse e investigarse profundamente el pensamiento de los "primeros que filosofaron". Sin embargo, la obra de Diels había quedado convertida en un libro de consulta, más para profesores que para universitarios, más para el especialista, que confirmaba una cita o proponía una nueva lectura, que

para el estudiante, que, manejando un poco el griego, quería enfrentarse directamente con los poemas y fragmentos donde nació la Filosofía. Las páginas apretadas de Diels, con el texto griego, traducción alemana, opiniones de filósofos antiguos, variantes, etcétera, producía una extraña confusión al que por primera vez intentaba valientemente la travesía de este maravilloso mar de erudición.

Descargada de citas y aparato crítico, en la edición de W. Kranz aparece una extensa selección, en el texto griego, frente a la traducción alemana, casi comentario para mejor ayudar a la lectura de un original tan complicado. Si la obra de Diels será siempre imprescindible para ultimar un estudio sobre el origen del pensamiento filosófico, la obra de Kranz es el mejor camino para iniciarlo. Si no es tan completa como la de Diels, sí es, en cambio, más manejable, y en sus 238 páginas se encierra la esencia de la filosofía presocrática. Kranz ha hecho, pues, un texto, podríamos llamar pedagógico, perfectamente adecuado a las necesidades universitarias, complemento indispensable de todo estudio de historia de la Filosofía griega. La obra tiene un pequeño prólogo, donde Kranz explica su intento, método, etc., y justifica la inclusión de Sócrates en tres pequeños fragmentos, tomados de la *Apología* de Platón. Sigue una introducción, donde se resume este período de la Filosofía y se marcan las directrices que en él se mantienen.

La 5.ª edición alemana de la obra de Diels se realizó bajo la dirección de Kranz, que perfeccionó y ultimó esta gran obra; el mismo que la convirtió en una obra definitiva y especializada, nos ha sabido dar también en este nuevo libro, además de una obra rigurosa y científica, un verdadero manual universitario.—E. LL.

JUAN ZARAGÜETA: *Filosofía y Vida. II: Problemas y métodos*. Instituto "Luis Vives" de Filosofía. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1952; 606 págs.

Acaba de aparecer el segundo tomo de esta magna obra, que el sabio catedrático de Filosofía de la Universidad Central, recientemente jubilado, y director del Instituto "Luis Vives", que lo edita,



considera la obra cumbre de su fecunda labor de publicista en materia filosófica, fruto de una larga vida de estudio y meditación sobre estos arduos problemas que en el tomo tercero y último se propone resolver, después de haber hecho en el primero la descripción fenomenológica de la vida mental del hombre.

En este segundo tomo aborda el planteamiento de los problemas, sólo los vitales, a los que, con arreglo al título, trata de dar solución filosófica y estudia los métodos para hallársela: dos partes, pues.

En la primera comienza por los problemas de la formación de los conceptos, que tanto influye en los juicios en que ellos harán de sujeto o predicado. Los conceptos ofrecen al autor la consideración de su aspecto material y su aspecto formal en su doble categoría de conceptos cognoscitivos de seres y estimativos de valores, tanto en su cantidad como en su cualidad, y, dentro de cada una de estas dos perspectivas, su carácter propio, impropio o analógico.

Pasa luego al problema de los juicios, que es el de la crítica del conocimiento, y de allí a los referentes a las cuatro funciones de la vida mental del hombre: saber cognoscitivo en los juicios de orden real, de orden ideal y de orden ideo-real, en que lo ideal explica lo real; saber estimativo; hacer técnico o eficaz y moral o valioso; querer, y decir.

En la segunda parte se van estudiando los métodos, en el mismo orden que en la anterior se han ido planteando los problemas, llamados a ser resueltos por cada uno de éstos. El método para elaborar los conceptos será el genético. Mas el doctor Zaragüeta, en toda la obra, pero de un modo especial en esta parte, llena apreciables lagunas que se suelen encontrar en los tratados corrientes de Criteriología o Teoría del Conocimiento; y así, para el tratamiento del saber cognoscitivo admite los métodos tradicionales de intuición y de ilación, en la triple forma, este último, de inducción (matemática, psicociológica, psicofisiológica), física, química y biológica, deducción y reducción de lo real a lo ideal y lo ideal a lo real, en la esfera de lo positivo, y en sus derivaciones la de lo metafísico y lo teológico, haciendo suyas las etapas que señaló Comte en la evolución de la explicación científica; pero llena las lagunas dichas hablando de los métodos de intuición, inducción, deducción y reducción para la resolución de los problemas tocantes al saber estimativo; los utilizables en los problemas del hacer, como el cálculo matemático y el artificio físico en los del hacer técnico, y lo mismo en los referentes al querer, sin es-

tudiar aparte la metodología del decir, que la reduce a la de las otras tres funciones dichas de la vida mental humana.

Tal es el esquema general de la obra. El autor añade tres capítulos sumamente interesantes: uno, sobre el pensamiento anormal; otro, sobre el personalismo propio o ajeno que late en los criterios humanos; y el último para presentar el paralelismo existente entre la evidencia y la fe, o el saber y el creer.

Densísimo de contenido, de un contenido esquemáticamente presentado para que resalten las contraposiciones a que en la exposición, grandemente lógica, es tan dado el autor, en ésta, como en todas sus obras, el profano echará de menos alguna mayor explicación o ejemplificación, que dañaría a la visión concadenada y sinoptizable que el doctor Zaragüeta quiere hacer desfilarse ante el lector perito. En cambio, éste hallará en este libro una condensación clasificada y relacionada de las generalidades científicas de todas las ramas del saber que el autor ha podido insertar a propósito de los temas que desarrolla, por su enciclopédica erudición, por un lado, y gracias, por otro, a que a lo largo de su ya no corta vida ha ido asimilando e incorporando sus abundantísimas lecturas a los grandes marcos de una sistematización previa, admiración de quienes han profundizado en la concepción orgánica, que le ha permitido llevar a cabo esta síntesis coordinadora o subordinadora, según los casos, de su vastísimo saber.—ANTONIO ALVAREZ DE LINERA.

GASTON CARRIERE: *Précis de Méthodologie à l'usage des étudiants en Philosophie*. Université d'Ottawa. Ottawa, 1951; 106 págs.

Se trata de un breve, pero enjundioso librito, que contiene una serie de orientaciones y consejos muy útiles para los estudiantes que preparan sus primeros trabajos y su tesis doctoral. Aunque no contiene novedades, ha sabido el autor resumir lo más interesante de otros trabajos sobre organización de la labor científica y lo que le ha enseñado su experiencia, aplicándolo especialmente a la redacción de la disertación histórico-filosófica. Se divide la obra en tres partes. En la primera estudia la *naturaleza* del trabajo científico y sus instrumentos: el método, el espíritu científico, el uso de bibliotecas, repertorios bibliográficos y preparación de notas constituyen los temas principales de esta parte. La segunda está dedicada a la *preparación* del trabajo científico, dando en ella oportunos consejos sobre la elección de asunto, conocimiento de ciencias auxiliares, selección de materiales, utilización y crítica de

las fuentes, etc. La última se refiere ya a la *realización* del trabajo científico. En ella trata de la construcción y ordenación de la tesis, de la redacción del texto, de las citas y notas, y hasta de su presentación dactilografiada. Termina con un apéndice que contiene el Reglamento de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Ottawa, referente a las tesis y memorias. — MARÍA FERNÁNDEZ SERRANO.

JULES PIRLOT: *L'enseignement de la Métaphysique* (Critiques et suggestions). Editions de l'Institut Supérieur de Philosophie. Lovaina, 1950.

La enseñanza de la Metafísica no suele encontrar una acogida entusiasta por parte de los estudiantes. Las causas son varias; pero el autor se limita en esta obra a un estudio crítico de los manuales. Cree en la gran utilidad del texto impreso como base de la enseñanza, al menos cuando se trata de una primera iniciación en la Filosofía; pero se echan de menos buenos manuales.

Un buen manual debe contener una doctrina viva, y debe imponerse por su rigor sistemático y por su adaptación a las necesidades actuales. Pero los manuales en boga representan un estadio de la reflexión filosófica ya superado desde mucho tiempo; carecen de atractivo y de interés, y resultan alejados del pensamiento creador por una serie de manuales intermedios que han tratado de imitar. Frente a este hecho, Pirlot se propone hacer examen crítico de algunos manuales de Metafísica, particularmente representativos, y luego, a la luz de esta crítica, presentar algunas mejoras deseables. No se trata, pues, de emprender una crítica de las *soluciones doctrinales*, sino solamente de estudiar los *problemas de estructura, de presentación y de método* que plantea la confección de un manual de Metafísica tomista: lugar de la Ontología en el conjunto del sistema, objeto de esta disciplina, problemas que hay que tratar, orden que hay que seguir, métodos que practicar y actitud del espíritu que se debe seguir.

En consonancia con esas dos finalidades, divide la obra en dos grandes capítulos, dedicado el primero a la crítica de los autores, y el segundo a la exposición de su propio pensamiento. En el primero estudia, ante todo, la evolución de la enseñanza de la Metafísica en la Universidad Gregoriana de Roma, a través de tres manuales sucesivos de otros tantos profesores de la misma: la *Metaphysica* del P. Remer, la reelaboración de este tratado por el P. Geny, y el *Cursus Philosophiae* del P. Boyer.



Después estudia la *Metaphysique generale* del Cardenal Mercier, fundador de la Escuela de Lovaina, que suele pasar como la corriente "progresista" del movimiento neoescolástico, por oposición a la corriente "tradicional" de los medios romanos y de los medios dominicanos. Y, por último, se enfrenta con las *Institutiones Metaphysicae generalis* del P. Descocqs, que representan las tendencias de la escuela neosuarreana, que adopta un cierto eclecticismo en el interior de la Escolástica.

En el segundo capítulo trata de tres puntos relacionados con el tema: la Metafísica en la sistematización científica, el objeto y estructura de la Ontología, y el método en Metafísica.

En cuanto al primer punto, es decir, *al lugar que debe ocupar la Metafísica dentro de la sistematización científica*, ve un defecto general en los modernos tratadistas neoescolásticos: el haber partido, como de un punto indiscutible para la clasificación, de la concepción tradicional de los tres grados de abstracción; pero esta teoría pertenece a una época en que las ciencias positivas y la Filosofía estaban fundidas en un saber único, y no corresponde a las exigencias de la nuestra, caracterizada por una distinción radical entre esas dos formas principales del saber. La distinción de los tres grados de abstracción tiene una significación psicológica, en cuanto describe el proceso natural por el cual la inteligencia va de lo menos abstracto a los más abstracto. No se niega, pues, el hecho de los tres grados de abstracción; pero por lo que toca a la clasificación de las ciencias en nuestros días, interesa muchísimo más la distinción de dos tipos o planos del conocimiento: *el conocimiento positivo y el conocimiento metaempírico*. Dentro de este conocimiento superior que es el filosófico, es natural y lógico tratar primero del ser y de la realidad en general en la *Metafísica general*, y luego descender, según el método deductivo y sintético de la Filosofía, a profundizar en los dos tipos especiales de ser con que nos encontramos: el ser espiritual en la *Psicología* y el ser material en la *Cosmología*. La Teodicea no debe propiamente formar tratado aparte, sino que es la culminación y coronación de la Metafísica general, en la cual debe incluirse.

Acerca de la estructura interior de la Ontología, cree el autor que se debe comenzar con unas observaciones preliminares sobre el objeto, método y posición de la Metafísica; luego, hacer evidente el valor del ser, de sus propiedades trascendentales y de los primeros principios. El problema de la multiplicidad del ser, que se presenta desde el primer momento, debe ser resuelto por la distinción entre la

esencia y la existencia; al mismo tiempo la doctrina de la analogía recibe una primera justificación por parte de la realidad. Pero el ser finito no es solamente múltiple, es activo y cambiante, y debe darse la importancia que merece a la actividad del ser, muy descuidada en nuestros manuales. Esta actividad y movimiento del ser dará ocasión para tratar del acto y a potencia; de la distinción entre sustancia y accidentes, y, sobre todo, a la teoría de la causalidad. Y, finalmente, hay que buscar la razón última del ser finito, múltiple y móvil, para llegar al ser infinito, uno y necesario, es decir, a Dios como causa del ser: la Ontología debe terminar con la Teodicea.

Por fin, en cuanto al método, deben tenerse en cuenta las consideraciones siguientes: Debe emplearse un *método estrictamente filosófico*, específicamente distinto del de las ciencias positivas. Las ciencias sólo explican el fenómeno experimental; la Filosofía pretende aprehender lo real existente en sí mismo. Las ciencias utilizan conceptos empíricos abstractos; la Filosofía llega a ideas cuyo alcance es metaempírico. Las ciencias prácticas un método objetivo, y, de un cierto modo, observan siempre la realidad exterior en cuanto material y mensurable; la Filosofía pone en cuestión el sujeto mismo, y las certezas a que llega proceden de la actividad reflexiva del espíritu. La Filosofía debe reservarse problemas que por su naturaleza escapan a los medios de investigación de la ciencia positiva.

Pero utilizar un método filosófico no quiere decir que la Metafísica tenga que alimentarse de puras especulaciones abstractas. La Metafísica es la ciencia más real, puesto que estudia la realidad entera, como realidad, como ser. Debe estar constantemente en estrecho contacto con su objeto, y tiene que recurrir a la experiencia para obtener la idea más rica posible del ser. Es decir, el método de la Metafísica debe ser un *método concreto*. Los autores escolásticos suelen caer en un abuso de logicismo; y la costumbre de tomar puras nociones por objeto del pensamiento ha tenido efectos desastrosos. Es preciso que vuelvan al sentido de lo concreto, si quieren conquistar el interés de alumnos y lectores. En Metafísica, "el razonamiento debe apoyarse en una aprehensión constantemente renovada y reveladora de la naturaleza del ser. Es necesario un vaivén continuo de la experiencia metafísica a la elaboración conceptual y técnica, de la aprehensión existencial a la inferencia que descubre los principios de lo real".

Pero método concreto no significa método empírico o positivo. La Metafísica no debe volverse de espaldas a los hechos y filosofar al margen de los mismos, sino tener-

los en cuenta; pero los hechos, como tales, no son objeto formal de la Metafísica; la Metafísica los explica, dando razón de ellos, y los aprende en su ley necesaria de existencia. La Metafísica busca un *a priori* ontológico, la naturaleza absoluta de las cosas. Para esto no bastan ni la experiencia vulgar ni la experiencia científica. Es precisa una experiencia más penetrante, de aire intuitivo; experiencia que triunfa de las limitaciones propias de la aprehensión sensible, tributaria de un órgano corporal. Se trata, ante todo, de la experiencia del ser y de los valores absolutos que encierra. En una palabra: el método metafísico tiene que ser, por naturaleza, *metaempírico*, huyendo, por una parte, de un empirismo vulgar, y, por otra, de un nocionalismo vacío.

Por último, el método de la Metafísica debe ser *crítico*. Para ello los manuales escolásticos deben tener en cuenta, principalmente, dos cosas, que con frecuencia suelen olvidar. Deben prestar más atención a lo que el sujeto puede sacar de la reflexión del yo sobre sí mismo en el acto del pensamiento. Vivir el ser en el yo, no por el intermediario de una abstracción empobrecedora, sino de una aprehensión intelectual que merezca, en cierto aspecto, el nombre de intuición; he ahí la Metafísica crítica. Y luego deben poner gran empeño en construir una Metafísica verdaderamente sistemática y unificada. Si la unidad es una ley del ser; si conocer, comprender y explicar no es otra cosa que reducir el objeto a unidad, una Metafísica incoherente no es una Metafísica.

Termina el libro relacionando la enseñanza de la Metafísica con el renacimiento tomista. Para que éste sea eficaz y vivo conviene acudir a las fuentes, dejando los manuales de segundo orden. Hay que procurar abandonar formas anticuadas de pensamiento y fórmulas de lenguaje que fosilizan el pensamiento. Es preferible utilizar las lenguas modernas en vez del latín. Hay que evitar el abuso de la forma silogística como único modo de razonamiento, procurando dar a las eternas tesis centrales del pensamiento tomista un lenguaje renovado, simpático y accesible a los contemporáneos. Que el manual de Metafísica sea, en fin, producto de un pensamiento vivo que provoque la reflexión personal de los lectores. — MARÍA FERNÁNDEZ SERRANO.

JOSEF PIEPER: *Was heisst Akademisch? Oder der Funktionar und der Sophist*. Hochland Bücherei im Kosel-Verlag KG. Munich, 1952; 104 págs.

Josef Pieper, pensador alemán, ya bien conocido en España, en la presente obra estudia qué es la



Universidad, a través del concepto de lo "académico", en el momento en que con la catástrofe política y militar de Alemania también la vida académica ha entrado en una nueva crisis. Desde el año 1945, el tema más absorbente es el problema de la reforma de las Universidades (*Hochschulreform*). En esta discusión se han expresado ideas como la de un *studium generale*, o introduciendo tipos de organización que tienen su modelo en Inglaterra o América. Aparte de ellas, más bien de carácter técnico, se plantea la pregunta, más profunda y de manera muy alemana, sobre cuál sea la verdadera misión de la educación académica. Si debe ser, ante todo, el lugar en donde se aprende una profesión, o si debe ser el sitio donde se investiga la verdad, donde se quiere formar y perfeccionar las cualidades del espíritu y del carácter de los estudiantes.

Este es el problema tratado por Pieper, con lo que aporta una contribución para resolver el problema que tanto preocupa a los profesores y estudiantes alemanes.

Parte Pieper de que, por la casualidad de instalarse Platón en el jardín de Akademos, tomó nombre la Academia platónica. De esta casualidad vienen: "Academia" y "Académico", como conceptos occidentales. No basta referirnos a la tradición de las Universidades medievales, pues éstas no hubiesen existido sin el precedente de las del Imperio romano bizantino, que se fundan como rivales y al mismo tiempo continuadoras de la platónica. Con estos datos históricos, Pieper da su concepto ideal de la Universidad.

La Academia de Platón fué una escuela filosófica, un grupo de personas que filosofaba; por ello, Pieper identifica lo "académico" con lo filosófico. Afirma que todos los estudios que no se fundamentan en la Filosofía no son verdaderamente académicos. Para explicar mejor qué entiende por *filosófico*, identifica esta palabra con *teorético*; y afirma que *theoria* y *teorético* —según Platón, Aristóteles y Santo Tomás de Aquino— quiere decir buscar la verdad, y nada más. La negación de la identificación académico-filosófico-teorético es algo no pragmático.

Claro es que ya las Universidades medievales, y más las modernas, son lugares donde se aprenden las profesiones; lo que quiere decir que son lugares que se preocupan, sobre todo, de la aplicabilidad práctica de lo aprendido. Pieper reconoce que esto es un hecho ya hoy inevitable; pero sostiene que la Universidad no debe quedar sujeta a consignas extrañas, sino tan sólo guiada a la búsqueda de la verdad. Si el Estado fija lo

que deben investigar, las Universidades dejan de ser académicas: teóricas, y descienden a un nivel exclusivamente pragmático.

La introducción de un *studium generale*, que es la aplicación de unos conocimientos generales a lo más concreto, tampoco podrá evitar el proceso de desacademización de las Universidades. Sólo probaría que es posible estudiar la Filosofía de una manera filosófica. Estudiar la Filosofía de una manera filosófica es estudiarla libre de prejuicios, aunque sujeta a las normas de la verdad objetiva; es decir, según Pieper es necesaria la capacidad de ver la realidad del mundo como algo, en cierto sentido, divino, es decir, por lo mismo, adorable; como algo que es algo diferente, y algo más que la pura materialidad de las actividades humanas.

Pero esta libertad de objetivos supone una base metafísica, y ésta es el verdadero punto de partida del filosofar. Pieper llama a esto la adoración de los seres, y acentúa la necesidad de una comunidad de culto, y, al ser Pieper católico, se entiende de la católica. Es evidente que especialmente las Universidades modernas la han perdido, lo que se ve en la igualación de las Facultades; mientras que en la Universidad medieval la Teología, y a su lado la Filosofía, tenía la primacía. La falta de esta jerarquía entre las Facultades favorece a tipos humanos como los *sofistas* o los puros especialistas sin visión filosófica. El especialista sólo conoce su propio campo, sin tener personalidad propia. El sofista solamente ve las realidades, y destruye las cosas con su crítica. El verdadero académico, que estudia con verdadero espíritu filosófico, se distingue de la masa. Pieper afirma que ello es necesario, ya que realiza la vida de manera superior, a diferencia de los otros, que la realizan de manera inferior. Pero Pieper no identifica los académicos, ni con clases sociales, ni con profesiones, sino que cualquiera puede realizarlo. Esta aristocracia del espíritu, al contrario, tiene que influir en todas las clases sociales.

En la segunda parte de la obra responde a algunas objeciones que se le han hecho cuando anticipó sus ideas en *Hochland*, 43 (Munich, VI-1951).

El tema de qué es la Universidad, que atrae en Alemania la atención de los más ilustres pensadores, como Heidegger, Jaspers o el suizo Fueter, ha recibido esta valiosa aportación de Pieper, que es característica por centrar la Universidad en la Filosofía como medio de lograr la formación espiritual del hombre.—URSULA STEINBRECHER.

FR. A. GEMELLI y G. ZUNINI: *Introducción a la Psicología*. Luis Miracle. Barcelona, 1953; 552 páginas.

La "Biblioteca de Antropología", que el editor Luis Miracle viene publicando, bajo la dirección del doctor Sarrón, catedrático de Psiquiatría de la Universidad de Barcelona, acaba de enriquecerse con la traducción al español de la obra fundamental del Padre Gemelli, director del Laboratorio de Psicología Experimental de la Universidad Católica del Sagrado Corazón, de Milán.

Y hemos de felicitarlos de este enriquecimiento cuantos dedicamos a los problemas psicológicos atención y cariño, porque se trata de un libro excepcional, en el que se resume, con un sano y recto eclecticismo, los avances logrados por la ciencia psicológica hasta el momento presente.

Desde el planteamiento de la problemática psicológica, hasta el estudio de la personalidad, todas las cuestiones que interesan al estudioso encuentran en esta obra acomodo y tratamiento. Y no el tratamiento superficial, apto para una somera iniciación, sino un desarrollo amplio, nunca meramente expositivo, sino eminentemente crítico. Los autores dan cuenta de las escuelas que han aportado sus esfuerzos al esclarecimiento de los hechos psicológicos, apresurándose a enjuiciarlas cuidadosamente, para tomar de cada una lo que tiene de aprovechable, porque para construir la Psicología "deben recabarse materiales de todos los métodos, de todas las escuelas y de todas las direcciones" (pág. 57).

Esta vía intermedia, que antes que eclecticismo podría denominarse honrado y objetivo esfuerzo de síntesis, campea en todas las páginas del libro, y constituye uno de sus méritos primordiales, así como una de sus más gratas sorpresas. Dedicados el P. Gemelli y su escuela, desde hace muchos años, a la Psicología experimental, en la que han conseguido resultados altamente estimables, cualquiera podría esperar un enfoque unilateral que sobrevalorase la "empírica", aplicada a los fenómenos anímicos. Muy lejos de esto, la independencia de juicio y el amor a la verdad de los autores los llevan a aceptar contribuciones de escuelas alejadas del campo experimental, y aun a reducir, en considerable medida, el ámbito de los hechos psíquicos que legítimamente puedan para sí reclamar la experimentación psicológica y la Estadística aplicada al estudio de los datos y las funciones de conciencia. He aquí sus palabras en orden al alcance de la experimentación: "Hay hechos que indudablemente pueden ser expresados con medi-



das y que están regidos por leyes rigurosas. Esto puede demostrarse por la Psicofisiología y por la Psicometría, o sea, por algunos capítulos de la Psicología, a los cuales los cultivadores de la Psicología experimental, hasta hace, más o menos, veinte años, han considerado que debía reducirse la Psicología. Pero si se pretende hacer esto con toda la Psicología, se llegaría, como ya hemos visto, a deshumanizarla: de este modo, la Psicología no estudiaría al hombre" (pág. 67).

Más terminante y restrictiva es su crítica de los métodos estadísticos. "Estas valoraciones estadísticas, que, sin embargo, han sido empleadas largamente en el campo de la Psicología aplicada a la educación y a la industria, presuponen la admisión de algunos conceptos fundamentales sobre los cuales no hay nada seguro todavía" (página 56).

Tales advertencias, venidas de un gran psicólogo experimental, deben ser tenidas muy en cuenta en ambientes como el nuestro, condenados a adoptar modas intelectuales cuando dejan de llevarse fuera, en una especie de amor, no a "los frutos tardíos de la tradición"—para emplear la terminología de Menéndez Pidal—, sino a "los frutos tardíos de la imitación", carentes de jugo y de vida.

Las direcciones psicológicas de la forma (Wertheimer, Kohler, Koffka, Lawin), la introspectiva (Ebbinghaus, Külpe, etc.), la fenomenológica (Husserl, Dilthey, Spranger), la eidética (Jaensch), la psico-fisiológica (Weber, Fechner, Wundt), la behaviorista o conductista (Watson, Hunter, Thorndike, etc.), la reflexiológica (Pavlov, Bechterev), la tipológica y caracterológica (Spranger, Klages, Jung, Krestchmer, Lersch, Nelson, etc.) y la psicoanalítica (Freud, Adler, Jung, Künker, etc.) son analizadas con un rigor y una lucidez extraordinarios, acogiendo lo que encierran de bueno. He aquí, por ejemplo, lo que dicen Gemelli y Zunini sobre el psicoanálisis, después de rechazar el fondo de la doctrina de Freud: "Debe, no obstante, atribuirse un mérito especial al psicoanálisis, porque las investigaciones de sus seguidores han llevado a conceder mayor importancia a la vida afectiva inconsciente, la cual se ejercita por medio de los impulsos" (pág. 184). Y en otro lugar: "Débese, sin embargo, reconocer que Freud ha enseñado a los psicólogos un método; éste, no es tanto el psicoanálisis y su técnica como, sobre todo, el hecho de que, si se quiere explicar la actividad psíquica humana, no basta seccionarla en sus elementos y fijar sus leyes, sino que es preciso tratar de comprenderla desde su interior, investigando cómo una actitud moral, un juicio, una particular con-

ducta están determinados por algunos hechos o situaciones o estados antecedentes" (págs. 519-520).

Particularmente ricos en datos y doctrina son los capítulos dedicados al comportamiento inteligente de los animales, al comportamiento humano, a la actitud social del hombre y al carácter y la personalidad. Acaso la afectividad, en torno a la cual, particularmente en el niño, tanto se investiga ahora, no ha recibido la atención debida. Y no por destinarle poco espacio. Al contrario, el capítulo en que se la estudia ocupa cuarenta páginas. Pero entendemos que cuestiones básicas, como, por ejemplo, la relativa a las funciones del diencéfalo en la afectividad primaria y las tendencias instintivas, merecían más que alusiones pasajeras, probablemente demasiado expeditivas y condenatorias. Por otra parte, la clasificación de los sentimientos resulta insuficiente, dado el estado actual de la cuestión y la necesidad de aclarar la maraña de la vida afectiva, mucho más influyente en el comportamiento humano de lo que pensaba el intelectualismo psicológico imperante hasta hace dos o tres lustros. Asombra un poco, también, que no se hayan destinado más que dos páginas al estudio de las emociones, sin mencionar siquiera los experimentos e investigaciones recientes, ni aludir al vastísimo campo del papel expresivo y adaptativo de la emoción, de tanta importancia en el orden de los hechos sociales (lenguaje emotivo, traumatismos emocionales, clima de seguridad emocional que precisa el niño pequeño, manifestaciones artísticas, etcétera, etc.).

¿Habrà detenido en este camino a los autores el temor de hacer *Fisiología*? Es posible, porque la obra, en su temática profunda, se debate en una situación casi trágica. Gemelli y Zunini parecen embargados por la preocupación de hacer sólo *Psicología*, y para ello huyen del Scilla de la *Filosofía* y del Caribdis de la *Fisiología*, como de arrecifes en que su nave puede naufragar. Ahora bien: ¿esto es posible? ¿Es lícito, siquiera? No se nos oculta que el empeño de los autores es independizar a la *Psicología* de ambas disciplinas, para constituir la ciencia independiente. En eso estamos todos conformes; pero no en que, concibiendo la *Psicología* como "ciencia del hombre", a tal punto que "podría ser llamada, con mayor propiedad, *Antropología*", se evite, aparentemente sólo, claro está, toda injerencia de los doctrinas filosóficas, sin las cuales un estudio del hombre carece de base de sustentación, y, por otra, se desdeñen las aportaciones de la *Neurología*.

Los propios autores, que adoptan esta actitud imposible, para librarse tanto del conductismo como

de la concepción psicofisiológica, la contradicen abiertamente, por lo que respecto al primer aspecto, cuando estudian la personalidad y el comportamiento humano; y por lo que se refiere al segundo, al incluir las leyes de Weber y Fechner, que, por referirse a las sensaciones, versan, se quiera o no, sobre fenómenos eminentemente fisiológicos, aunque otra cosa quisieran hacernos creer Wundt y sus secuaces.

La traducción es correcta, en general. No obstante, una segunda edición debe salvar "lapsus" demasiado notorios. Preferimos traducir "behaviorismo" por "conductismo", y no por "comportamiento", como hace el libro. "Ecforizar sobre cualquier obstáculo" (página 177, nota), y "no infirma tales relaciones" (pág. 236), son verbos que conviene sustituir. Al pasar el texto del italiano al español se observan muchas preposiciones parasitarias. Algunos ejemplos, que pueden multiplicarse: "La fuerza que impide a una idea... de pasar del estado de inconsciente..." (página 174). "Inconscientes son los procesos psíquicos de los que no podemos... convertir..." (pág. 176, nota); "las intuiciones inconscientes de las cuales eran de hecho una experiencia del alma"; "por lo demás, del hecho de que estos actos de elección sean realmente voluntarios..." (pág. 324). La definición de "aptitud", copiada de Nelson, es absolutamente ininteligible (pág. 508).

Otras veces, el parasitismo residual comprende giros enteros que oscurecen gravemente el sentido: "Pero, como se ha observado sutilmente, ya sea aunque exagerando un poco, Koehler, los extremos se tocan" (pág. 117).

La obra, sin embargo, es excelente, aunque en manera alguna le conviene el título de "Introducción", como justamente han observado los comentaristas italianos. Se trata de una *Psicología crítica*, llena de agudeza, información y profundo conocimiento de las cuestiones.—ADOLFO MAÍLLO.

JACQUES LECLERCQ: *L'enseignement de la Morale chrétienne*. Editions Vitrail. París, 1950; 346 págs.

La auténtica vocación filosófica y la entrega laboriosa del renombrado profesor Leclercq a los temas morales han producido últimamente este interesante y extraordinario estudio sobre la Enseñanza de la Moral.

La obra, recientemente traducida al castellano por Gabriel Manterola, es penetrante y sugestiva, pues en ella ha puesto su autor todas las esencias de una labor de treinta años.

El problema fundamental que aquí se plantea es el siguiente: la



moral oficial, tal como se enseña, no es *entusiasmante*, no fascina. Luego la moral cristiana está en crisis, pero no en crisis de práctica, ya que la práctica de la moral perfecta no ha sido nunca objeto de masas, sino en crisis estimativa. Es evidente que ya nos encontramos en la superación de una ética exclusivista, de preceptos meramente negativos. Pero todavía se sigue en la didáctica de esta moral un criterio de negaciones y permisiones, más que de conquista y de trascendencia. En este sentido, esa exposición de una moral de misericordia, cuyo impacto se acusa hoy en los latidos más vitales de las nuevas generaciones, apenas si trasciende unos cuantos preceptos positivos de la ley natural humana, como si la vida moral sólo fuese la vivencia de una existencia honrada. De aquí que no se acoja con plena aquiescencia, ni con verdadero entusiasmo, la moral cristiana como ordinariamente se ofrece.

Pero esta deficiencia no puede ser intrínseca a ella, ya que la doctrina de Cristo es perfecta por razón de su divinidad. Entoncés el fallo ha de consistir en alguna contingencia extrínseca que le haya mermado su vigor propio, o en la inadaptación a la mentalidad moderna de su método didáctico.

Leclercq, espíritu siempre fino y original, va despejando, a través de su prosa clara y sencilla, el problema, simplificándolo en estos temas centrales: "¿Cuál es, exactamente, la moral de Cristo, el objeto propio de su enseñanza y los elementos comunes con otras morales?" "¿Cómo distinguir la esencia de esta enseñanza moral de lo adicionado en el transcurso del tiempo?" "¿Cómo aprovechar todo el trabajo de reflexión que se ha realizado sobre la moral cristiana, y cómo discernir lo puro de lo impuro?"

En cuanto a la didáctica de la moral, señala Leclercq su error más grave, que es la casi absoluta escisión que se hace entre ella y el dogma, entre la Teología y la Filosofía, privándola, de ese modo, de su perspectiva más profunda y de su entronco evangélico. Una moral puesta en esta línea desemboca en una mera casuística, en inextricable urdible de preceptos informados de un simple espíritu naturalista. Es claro que la enseñanza exige la división del trabajo. Pero también es necesaria la síntesis, la visión de conjunto que facilite la justa apreciación de los actos humanos en la vida cristiana.

El libro de Leclercq no es un nuevo tratado de moral, sino una apasionante exposición de lo que debe ser la enseñanza de la moral cristiana, como extensión del dogma y como condensación de las esencias evangélicas. Por ello, no es una obra para especialistas, sino

que todo espíritu bien cultivado encontrará en ella ideas fecundas para su vida.—J. G. D.

JOSÉ FERRATER MORA: *Diccionario de Filosofía*. 3.ª edición. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1951; 1.047 págs.

Es, sin duda, esta tercera edición del libro de Ferrater Mora el mejor trabajo publicado bajo este título en lengua española, comparable, y en muchos casos superior, a sus similares extranjeros, a pesar de ser obra de un solo autor. Pero esto mismo favorece a la totalidad de la obra, que acusa mayor armonía, y cuyos artículos se contrapesan mejor. Desde el punto de vista pedagógico, pocos instrumentos de trabajo más útiles que este *Diccionario*; en él, la historia de la Filosofía queda truncada, porque el orden alfabético es el único hilo conductor que conecta los temas o los autores; pero ayudado con unos breves esquemas de historia, este libro puede servir de manual universitario. En el cuerpo de sus artículos hay las suficientes referencias para establecer entre ellos las conexiones necesarias. No sólo la obra comprende autores o corrientes filosóficas, sino también una completa terminología, de la que no están ausentes los temas de Lógica moderna o de Psicología experimental. Al final de cada artículo hay una bibliografía selecta y actualísima, pues se citan en ella obras aparecidas meses antes que el *Diccionario*. Entre los que tocan problemas filosóficos hay artículos que merecen citarse por su precisión y soltura: "Naturaleza", "Tiempo", "Dios", "Realismo", "Sentimiento", "Razón", "Relación", "Existencia"...

Los artículos sobre filósofos, que abarcan, con la extensión que corresponde a cada uno según su importancia, desde las grandes figuras del pensamiento hasta autores de monografías o comentaristas de escuela, están redactados con gran rigor y claridad. La bibliografía que sigue a estos filósofos "no es meramente una indicación de títulos, sino que pretende proporcionar una orientación en el autor..., de modo que a veces puede considerarse como parte esencial del correspondiente artículo", dice Ferrater en el prólogo.

Es posible que algunos de los artículos de esta obra puedan ampliarse; incluso se acusa la ausencia de otros, como "sociedad", "propio", "Jaeger"; pero apenas si merecen apuntarse, ya que la ingente labor realizada ha dejado poco lugar a estos olvidos, muchas veces justificables.

Ferrater Mora era ya conocido en el mundo filosófico por sus ensayos sobre *El sentido de la muer-*

*te, Variaciones sobre el espíritu, Unamuno, bosquejo de una filosofía...* Con esta obra, seria y concienzuda, que ha perfeccionado en dos años de trabajo en Estados Unidos gracias a la concesión de una beca Guggenheim, ha creado uno de nuestros mejores instrumentos de trabajo filosófico.

La edición es muy cuidada, y en sus 1.047 páginas, a tres columnas, se ha encerrado lo más sustantivo de la enseñanza de la Filosofía.—E. LL.

JULIÁN MARIAS: *La Filosofía en sus textos*. Tomo I: "De Tales a Galileo". Tomo II: "De Descartes a Dilthey". Editorial Labor. Barcelona, 1950.

Conocer la Filosofía en sus textos es una manera de introducirse en la Filosofía, y, con mayor o menor intensidad, es hoy la manera de entrar en la Filosofía, ya que no le es posible al hombre prescindir de la herencia filosófica acumulada por los siglos si quiere plantearse seriamente los problemas más acuciantes, condensados en eso que se llama filosofar. El hombre europeo, por la misma estructura de la Cultura a que pertenece, está abocado a replantearse los problemas en función de los anteriores planteamientos. ¿No se ha calificado a la Cultura occidental por su constante renovar ahincadamente su visión de la clasicidad? Claro es que en todo hay límites, y así como no se puede partir desnudo de historia para filosofar, así no se puede pretender conocer todas las pasadas elucubraciones para buscar la solución de la incógnita enclavada en los confines del filosofar. Y así se le plantea al hombre, con inquietud, una serie de problemas "técnicos" para lograr, en lo más posible, madurar su camino sobre la meditación de los caminos que en la historia ya han sido abiertos. Problemas técnicos de conocimiento de idiomas, de tiempo, de selección, de criterio histórico, que no todos pueden resolver por sí mismos. Ahí radica el valor instrumental de las antologías, de las selecciones de textos, sin que este valor instrumental evite, por lo demás, el trabajo propio de quien pretenda filosofar; el cual recibe los medios que, si quiere y puede, podrá emplear.

La presente selección de textos pretende nada menos que esto: ofrecer la Filosofía en sus textos. No la solución a los problemas filosóficos, sino lo que de hecho ha sido la Filosofía a lo largo del tiempo. Ni lo que la Filosofía podría ser en sí en cuanto sistema de verdades, sino lo que con pretensión de tal han ido forjando los hombres. El resultado de este empeño, llevado al límite, sería la colección



de todos los textos que muestran el filosofar del hombre; pero esto ya no sería "práctico", ni quizá conveniente. De ahí viene, pues, la necesidad de la selección; selección que sólo puede ser hecha con criterio histórico-filosófico: presentar, lo más completas posible, las obras-clave, las obras-culmen, las obras-paradigma.

Julían Marías ha comenzado por mantenerse dentro del campo históricamente integrado ya en lo histórico, con lo cual queda de lado lo que puede todavía ser considerado nuestro presente. Como el título explicita, es de Tales a Dilthey el campo abarcado. La selección de los pensadores es acertada, ya que ha evitado las disonancias, manteniendo el ya común criterio de los historiadores de la Filosofía. Y aunque humanamente sea imposible acertar con el gusto de todos (lo mismo podría decirse respecto a la extensión proporcional acordada a cada pensador), la presente obra ha logrado su objeto, plenamente madurado.

Los textos van agrupados por épocas (Antigua, Patrística, etc.), tras una Introducción general. Igualmente, los de cada época van precedidos por una introducción, que da las coordenadas del momento histórico. De esta manera, el lector no iniciado se encuentra ante un cuadro armónico, y no simplemente ante una colección de opiniones; e incluso el iniciado encuentra una orientación histórica realmente sazónada. Los textos seleccionados son extraordinariamente amplios, llegando algún autor a disponer de las cien páginas a doble columna.

Puede apreciarse, pues, que se trata de una obra de gran envergadura, hábil y concienzudamente dirigida por Julían Marías, que muestra una vez más sus calidades de historiador de la Filosofía; compuesta con buenas traducciones, y bien presentada, a lo que nos tiene habituados la Editorial que la publica.—C. L. C.

ANGEL GONZÁLEZ ALVAREZ: *Filosofía de la Educación*. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 1952; 250 págs.

Se propone el autor estudiar el hecho de la educación y el proceso educativo desde un punto de vista filosófico. La *Filosofía de la Educación* —dice— constituye un tratado especial de Metafísica, pero no una Metafísica especial. En consecuencia, todo el libro no es otra cosa que la aplicación de los esquemas generales de una ontología tomista al ente especial que llamamos educación. Comienza por dedicar un capítulo a su estructura entitativa, en cuanto ente compuesto de

esencia y existencia, llegando a la conclusión de que "la educación es un ente accidental específicamente humano; tiene su existencia prestada; existe como fenómeno con realidad adjetivada en la persona humana portadora de cultura".

En el segundo capítulo pasa a tratar de lleno de la esencia de la educación, investigando sus elementos constitutivos esenciales, es decir, su materia y su forma. La materia de la educación, o sujeto susceptible de la misma, es el hombre; pero en él hay una materia próxima e inmediata, que son las facultades operativas en virtud de las cuales el hombre actúa. La forma de la educación es una forma accidental que adviene al sujeto sustancialmente constituido. Esta forma podría adscribirse, reductivamente, a la categoría de cualidad, puesto que la educación modifica y determina al sujeto humano, que es lo propio de la cualidad. Pero hablando con más rigor, la educación, más que un predicamento es un postpredicamento: el postpredicamento que se llama *tener* ("habere"); de modo que la educación, más que una cualidad *tenida*, sería un *tener* por modo de inherencia las cualidades que disponen bien al hombre entitativa y operativamente, es decir, que le perfeccionan positivamente. Determinada su materia y su forma, conocemos ya su esencia, que puede definirse de la siguiente manera: "modificación accidental perfecta de modalidad cualitativa, radicada en el hombre, por la cual se hace más apto para el buen ejercicio de sus operaciones específicas".

Una vez estudiadas la materia y la forma de la educación que la constituyen como una realidad que el educado tiene, pasa a estudiar las causas extrínsecas que dan lugar al proceso educacional que se está realizando en el educando mismo. Esta consideración dinámica de la educación supone tres formalidades o supuestos: la *movilidad* del ente humano, basada en la potencialidad pasiva de la sustancia del hombre, abierta siempre a nuevas determinaciones accidentales; la *actividad*, fundada en la potencialidad activa de sus facultades; y el dominio de la *dirección* del movimiento, que es consecuencia de la humana libertad. Y buscando los fundamentos metafísicos de esas tres formalidades o supuestos, defiende tres tesis que son cristalización perfecta de una sólida formación en la filosofía perenne. Contra lo que afirma, por una parte, el substancialismo abolutorralista, y, por otra, el accidentalismo fenomenista, establece que el hombre comporta una estructura real de sustancia y accidentes. Contra la doble tesis contrapuesta de la bondad natural y de la maldad radical del hombre, defiende la posición cristiana de

que el hombre, caído y redimido, ni es perfección acabada ni imposibilidad de perfección; es sencillamente capaz de perfección. Contra el naturalismo que concibe al hombre sólo como naturaleza, y contra el historicismo que lo concibe sólo como libertad, sostiene que el hombre es una *naturaleza* dotada de *libertad*. Termina este capítulo distinguiendo un doble principio del proceso educativo: el principio intrínseco (la naturaleza) y el principio extrínseco (¿el arte?); pero el principio extrínseco debe obrar según la naturaleza. De modo que "el hombre tiende a la perfección educativa por naturaleza, pero alcanza *esta* determinada perfección procediendo según naturaleza".

Todo este proceso educativo se debe a tres tipos de causas: la causa eficiente o realizadora, la causa ejemplar o reguladora, y la causa final u ordenadora. La causa eficiente se escinde en dos grupos: los principios activos intrínsecos, que actúan en el ejercicio de las facultades educables, y los agentes extrínsecos, tales como la naturaleza, la cultura (arte, ciencia, técnica, en sentido objetivo), la comunidad (familia, Estado, Iglesia) y el maestro, que en algún respecto asume la eficacia de todos los anteriores. "El es quien teniendo en cuenta que la naturaleza está influyendo sobre los educandos, y que la cultura atenaza la vida de los individuos, imprimirá a esa doble acción rumbos definidos mediante su propia actividad. Y es también el maestro quien, completando o supliendo la acción de la comunidad, entrará en directa comunicación educativa, y hasta constituirá la verdadera comunidad educacional".

La causa ejemplar es la idea modelo que desde la mente del agente comunica al efecto su similitud paradigmática, dirigiendo y determinando la acción. La idea ejemplar de la educación es la idea de perfección humana. Esta idea puede ser múltiple porque depende del tipo de hombre que cada cual considere como perfecto, pero debe ser una. "La imaginación multiplica los ideales ilusorios porque se mueve en el ámbito de lo posible; el intelecto sólo se ilumina con un ideal, porque discurre en el orbe de la realidad. Y la realidad es que Cristo encarnó el tipo perfecto de la humanidad. Sólo Cristo debe ser el modelo real que mantenga vivo en la mente del educador el ideal de perfección que intenta realizar en el educando".

El último capítulo está dedicado a la causa final o fin de la educación. Distingue entre el fin de la educación, como realidad accidental conseguida, y el fin del proceso educativo. El fin de la educación no puede ser otro que el hombre, ya que toda sustancia es causa final de los accidentes, y, en nuestro caso, la educación adviene a



la sustancia para su perfeccionamiento y plenitud. Pero la perfección del hombre es doble: la primera consiste en que el hombre tenga la perfección o acabamiento exigido por su naturaleza; la segunda consiste en la consecución de su fin. Y la educación, en primer lugar, tiene como fin esta perfección primera, que es la plenitud esencial y existencial de la naturaleza humana. Pero la naturaleza humana, plena y perfecta, tiene un fin cuya posesión constituirá su definitivo acabamiento. Este fin no puede ser otro, en último término, que la posesión de Dios. Prescindiendo de los fines secundarios y especiales de la *actividad educadora*, su fin primario es producir la educación en el educando, es decir, en llevar

al hombre a su estado perfecto como tal, comprensivo de la perfección de la naturaleza y de la gracia. Por lo tanto, la perfección educadora se ordena: a perfeccionar al educando en su ser integral por el desarrollo de todas sus potencias humanas; a producir en éstas el repertorio íntegro de los hábitos especulativos, prácticos y técnicos hasta conseguir la realización de todos los valores debidos a la esencia humana completa; a enrutar al educando por el camino de su fin, preparándole para el buen uso de los medios conducentes al mismo. Con otras palabras: se podría decir que la actitud educativa se ordena a la realización de la imagen de Dios, tanto en el orden de la naturaleza como en

el de la gracia. Y, para terminar, "la actividad educativa tiene por finalidad la formación cristiana del hombre, o, para ser más exactos, la formación del hombre cristiano, es decir, la formación del hombre de Cristo, absolutamente equivalente a la formación de Cristo en el hombre".

Todo el libro es de un denso contenido filosófico, que exige una preparación adecuada para su lectura, y con él se presta un gran servicio a la ciencia pedagógica. Es de desear que abunden más libros como éste, escritos por filósofos competentes, ya que sólo la Filosofía puede fundamentar debidamente los supuestos de una Pedagogía que merezca tal nombre. —  
MARÍA FERNÁNDEZ SERRANO.

debe a tres tipos de causas: la primera, que es la naturaleza humana, es el tipo de hombre que se debe formar; la segunda, que es la cultura, es el tipo de hombre que se debe formar; la tercera, que es la historia, es el tipo de hombre que se debe formar. La educación es el proceso que lleva al hombre a su estado perfecto, que es la plenitud esencial y existencial de la naturaleza humana. Pero la naturaleza humana, plena y perfecta, tiene un fin cuya posesión constituirá su definitivo acabamiento. Este fin no puede ser otro, en último término, que la posesión de Dios. Prescindiendo de los fines secundarios y especiales de la actividad educadora, su fin primario es producir la educación en el educando, es decir, en llevar al hombre a su estado perfecto como tal, comprensivo de la perfección de la naturaleza y de la gracia. Por lo tanto, la perfección educadora se ordena: a perfeccionar al educando en su ser integral por el desarrollo de todas sus potencias humanas; a producir en éstas el repertorio íntegro de los hábitos especulativos, prácticos y técnicos hasta conseguir la realización de todos los valores debidos a la esencia humana completa; a enrutar al educando por el camino de su fin, preparándole para el buen uso de los medios conducentes al mismo. Con otras palabras: se podría decir que la actitud educativa se ordena a la realización de la imagen de Dios, tanto en el orden de la naturaleza como en el de la gracia. Y, para terminar, "la actividad educativa tiene por finalidad la formación cristiana del hombre, o, para ser más exactos, la formación del hombre de Cristo, absolutamente equivalente a la formación de Cristo en el hombre".

Todo el libro es de un denso contenido filosófico, que exige una preparación adecuada para su lectura, y con él se presta un gran servicio a la ciencia pedagógica. Es de desear que abunden más libros como éste, escritos por filósofos competentes, ya que sólo la Filosofía puede fundamentar debidamente los supuestos de una Pedagogía que merezca tal nombre. —  
MARÍA FERNÁNDEZ SERRANO.

Todo el libro es de un denso contenido filosófico, que exige una preparación adecuada para su lectura, y con él se presta un gran servicio a la ciencia pedagógica. Es de desear que abunden más libros como éste, escritos por filósofos competentes, ya que sólo la Filosofía puede fundamentar debidamente los supuestos de una Pedagogía que merezca tal nombre. —  
MARÍA FERNÁNDEZ SERRANO.